

Enrique Serna

Una agri dulce perversidad

Ignacio Solares

La novela mexicana vive actualmente uno de sus mejores momentos, basta con mencionar a Enrique Serna, autor de novelas como El seductor de la patria, Ángeles del abismo y la recién publicada Fruta verde. De novelista a novelista, Ignacio Solares aborda en este ensayo la obra del autor de El miedo a los animales.

Enrique Serna es autor de admirables novelas históricas. La más reciente, *Ángeles del abismo*, proceso inquisitorial del siglo XVII, cuenta la historia de la falsa beata Cristina Cruz y el indio apóstata Tlacotzin; pareja de amantes enfrentados a la sociedad de castas y al demoledor poder de la Iglesia. Pero tengo especial preferencia por *El seductor de la patria* (su exhaustiva investigación y su tratamiento de ciertos pasajes clave me resultaron de gran ayuda al escribir *La invasión*), brillante sumario existencial de Antonio López de Santa Anna, uno de los personajes más controvertidos no sólo de nuestro siglo diecinueve, sino de la historia de México en general. Pero *El seductor de la patria* es más que una biografía de Santa Anna, turbulenta, impetuosa, henchida de vida, de olores fuertes, de luz y de violencia (siempre matizada por un humor agudo), recrea el México de la época como pocas obras lo habían logrado hasta entonces. Con sus guerras absurdas, sus descaradas manifestaciones para conquistar o mantener el poder, sus personajes grotescos y a la vez profundamente humanos, su boato y su miseria, sus caravanas de vehículos rechinantes, sus léperos y catrines arquetípi-

cos, se perfila como una tragicomedia espectacular, disparada por su propia dinámica en una loca carrera hacia lo que, sabemos, sólo podía culminar como una hecatombe (¿no viene de aquel periodo histórico buena parte de lo que hoy llamamos “identidad nacional”?). El arte de Serna consiste en una serie de procedimientos encaminados a hacernos más persuasiva la ilusión realista —ésta que sólo puede darse dentro de la mejor literatura—, a comunicar al lector la sensación de estar siendo directamente enfrentado a la vida, a *aquella* vida, al mundo objetivo de lo narrado, sin la intermediación del autor.

Subrayo sin la intermediación del autor, porque tal parece que en Enrique Serna habitan dos escritores. Uno, el que puede permanecer, como quería Flaubert, en lo alto de una colina viendo indiferente el transitar y discurrir de sus personajes, y otro el que, por el contrario, se mete a las entrañas de las historias de esos personajes y en ellas participa abiertamente, tal como sucede en *Fruta verde*, su novela más reciente. Tentación esta última que, por lo demás, es plausible y aconsejable a todo escritor. El ángel que lo habita nunca consigue

derrotar totalmente al demonio con el que comparte sin remedio su creación.

La capacidad de estructurar una historia (“de estructurar al mundo mismo”, dice Vargas Llosa), de investigarla hasta sus últimas consecuencias y ponerle un orden, un sentido, reglas y leyes propias, rara vez bastan, sin embargo, para hacer buena literatura. Porque especialmente en los artistas más acuciosos, los instintos reprimidos —el inconsciente, no sólo personal sino colectivo—, están siempre al acecho, esperando la oportunidad de manifestarse para exigir su tajada de intensidad y realización. El sexo es por lo general el territorio privilegiado en el que comparecen, desde las catacumbas de la personalidad del protagonista-autor, esos demonios ávidos de transgresión y de ruptura (por más que sólo se vivan con la imaginación, como sucede con Paula, la madre del personaje central de *Fruta verde*). Aún más todavía, diríamos que aunque la presencia de ese “otro” rostro, de esa “otra” personalidad”, siempre entraña un riesgo de desenmascaramiento para el protagonista-autor (“Nunca nadie volvió a mirarme igual después de escribir *Muerte en Venecia*”, decía Thomas Mann), a pesar de ello, privar a su creación de esa exaltación y embriaguez —la fiesta, la aventura y el exceso—, no haría sino empobrecer su vida y su literatura. La belleza será terrible o no será, agregarían los surrealistas.

La novelística en español ha puesto especialmente atención en el desarrollo del alma femenina. Algunos escritores se han detenido, sin embargo, en el minucioso análisis de una eclosión que no es menos compleja y violenta que la de las muchachas en flor: la transformación existencial y moral que sufre el varón al llegar a la adolescencia. Tal es el espinoso tema central que *Fruta verde* ilumina con soberbia luz crepuscular.

El relato está escrito con una prosa que fluye intensa pero pausada, como el correr chispeante —el alcohol juega un papel primordial— de los días felices, de las celebraciones, siempre con intermitentes remansos de sombras, claridades súbitas y vibraciones secretas. ¿Se entregará Germán, joven aspirante a escritor, a Mauro, dramaturgo homosexual de gran talento? Mundo cerrado y propio el de estos amigos-amantes, regido por dos



Enrique Serna

ve rientes: la intelectual y la sensual. Ambas, en este caso, resultan las servidoras del deseo. La iniciación espiritual y literaria compartidas, no menos que la presencia de “lo carnal”, son constantes, a veces como placer y presencia (ver y tocar, ser visto y ser acariciado después de leer el mismo poema o escuchar la misma canción) y otras como enigma (¿a dónde me llevará esa seducción prohibida, qué abismo esconde esa mirada que me atrapa?).

Hay pasajes inolvidables, como aquel en que Mauro confronta el rechazo inicial de Germán:

El amor siempre fue un lejano punto de fuga para él, un pálido resplandor en el horizonte, como el paisaje que huye por la ventana de un tren. Por dejar de perseguirlo se había quedado con las manos vacías, buscando a tientas un placer escabroso, que pide la sombra para la consumación de su miseria.

El arte de Serna consiste en una serie de procedimientos encaminados a hacernos más persuasiva la ilusión realista, ésa que sólo puede darse dentro de la mejor literatura.

En Enrique Serna habitan dos escritores: uno, el que puede permanecer en lo alto de una colina viendo el transitar y discurrir de sus personajes, y otro que se mete a las entrañas de las historias y participa en ellas abiertamente.

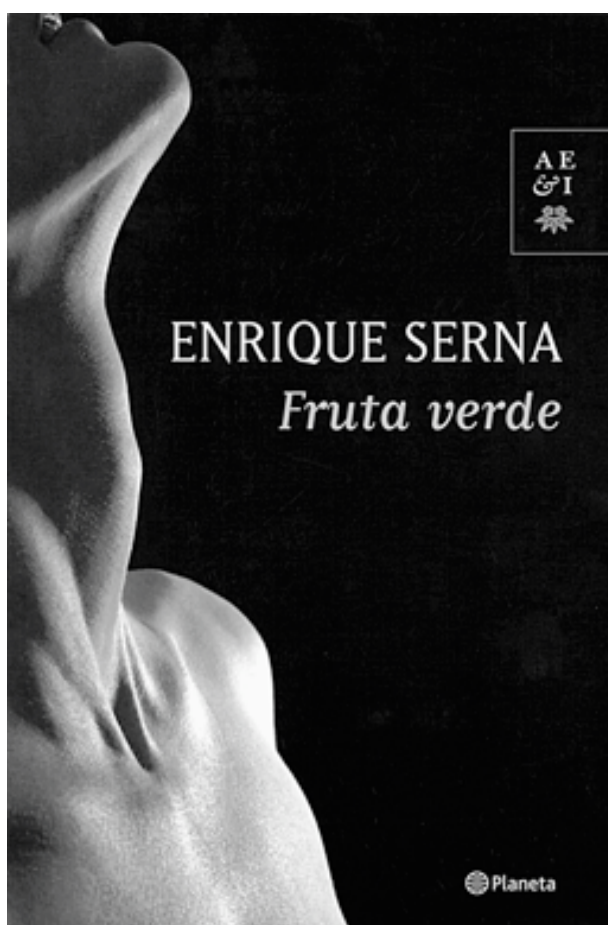
Algo que, después de la ambivalente entrega física de Germán, sólo adquiere sentido con la muerte del compañero, tan amado y a la vez rechazado, y la trascendencia que esa muerte tiene:

La desaparición física de Mauro era un mal menor, comparada con la pérdida de nuestra memoria compartida. ¿Qué hacer ahora con tantas claves secretas, con tantas complicidades acumuladas en veinticinco años de leer-nos el pensamiento?

Pasajes éstos de una ternura profunda y dolorosa, pero nunca ajenos al humor. Forma serpentina y traviesa de narrar, en la que a través del personaje central implicado, vamos descubriendo, antes de llegar a su entraña melodramática y fatalista —la muerte de sus seres más queridos—, que la realidad está hecha de

imágenes y sentimientos sobrepuestos (te quiero, no te quiero) que se contradicen o matizan unos a otros, de modo que nada en esa realidad real —y sólo literaria— parece totalmente cierto ni definitivamente falso (¿quién soy, quién fui, por qué adquirí el compromiso de escribir esto que ahora escribo?). Episodios que en cualquier relato telenovelesco —y Mauros, además de talentoso dramaturgo, autor de telenovelas— estimularían la efusión retórica y romántica, la sobrecarga emocional y plañidera. Por algo la novela toma su título de una canción de Luis Alcaraz:

Sabor de fruta verde,
de fruta que se muere
y deja un agridulce de perversidad,
boca de manzana, boquita que reza,
pero que si besa
se vuelve mala mala...



Episodios éstos que la prosa precisa y siempre brillante de Serna ha enfriado de alguna manera, infundiéndoles una categoría plástica particular y privándolos de cualquier indicio de autocompasión y del menor chantaje emocional con el lector. Lo que entraña tales escenas de confusión emocional y desvarío ha desaparecido y, por obra de la prosa misma, se ha vuelto duro, límpido y exacto. Y es precisamente esa cualidad de objetividad y destreza en esos episodios aparentemente excesivos —aunque, repetimos, nunca ajenos a una dolorosa ternura— lo que excita muy válidamente la sensibilidad del lector. Éste, desafiado por la descarnada transparencia con que nos cuenta el personaje su historia, reacciona, entra emotivamente en la anécdota y sin remedio se conmueve e involucra.

Cuando un escritor consigue que una novela transmita al lector esa viva sensación, perentoria y definitiva, de iniciación amorosa, y todo lo que ello implicó para su arte y para su vida, cuando nos dice que aquello que cuenta sólo podría haber ocurrido así —y sólo ser contado así y de ninguna otra manera— ha triunfado en toda la línea. **U**

Enrique Serna, *Fruta verde*, Planeta, México, 2006, 310 pp.